IV

Á LA PUERTA

Ya piso esta Exposición tan discutida, tan diversamente juzgada: para los unos, fracaso ruidoso á la faz de toda Europa; para los otros, brillante fecha en los anales de Francia, llave de oro con que cierra el siglo. Vengo á ella sin prevenciones de ninguna clase, dispuesta á mirarla despacio y á aprenderla cuanto sea posible, prefiriendo desde el primer instante hacer resaltar su carácter educador antes que sus atracciones de feria y de espectáculo cosmopolita. Vengo á ella con la fe en el progreso que siempre me alentó y que las desdichas de mi patria han exaltado, y una impresión grave y gozosa á la vez me sobrecogerá cuando cruce la Puerta monumental, más discutida que la Exposición entera.

Pero antes de cruzarla, conviene decir algo sobre el hospedaje y la vida de París en estos

momentos. Exageración habrá en lo que ahí se cuente de la carestía de París; sin embargo, verdad es que los alojamientos, casas amuebladas y fondas, han triplicado sus precios. No son únicamente los grandes hoteles, como este del Louvre, en que habito, los que han dado el salto á triple altura; todos, hasta los más mezquinos y arrinconados, acatan el convenio del gremio, adoptado antes de que la Exposición se abriese. Los de tercero y cuarto orden aprovechan para dormitorios los saloncitos que antes destinaban á que los huéspedes leyesen periódicos y recibiesen á sus visitas; no hay chirivitil en que no pongan una cama, y si esto es así ahora, en Agosto, el mes de relativa *cebolla,* el mes que mucha gente pasa á orillas del mar, ¡qué sucederá cuando en Septiembre y Octubre se descuelgue aquí media España y medio mundo!

Porque observo que entre los idiomas que se oyen resonar, el español es el que domina. No serán españoles todos los que lo hablan; existe un gran contingente hispanoamericano; pero al fin es nuestra lengua la preponderante en la torre de Babel. Aquí están los viajeros españoles con su continua nostalgia de España y de las costumbres y modos de ser de *allá;* con su humorístico denigramiento de lo que *acá* se practica; con su ingenua alegría al encontrar un compatriota, ni más ni menos que si fuese caso raro y nunca visto; con su menguada paciencia para estudiar y mirar, y su pronto ingenio para definir lo que ven con una frase

aguda y fresca, con los defectos y cualidades del carácter nacional, en suma, que la comparación patentiza. Es indudable que este año se queda en Francia buen golpe de dinero español.

Lo único que se ha puesto por las nubes es el hospedaje: á poder dormir en la copa de los árboles, haríamos el gran negocio. He conversado con uno de los obreros que pensiona la Diputación de Madrid (el hijo del famoso *chino,* á quien tanto conocemos las aficionadas á abanicos antiguos bien restaurados), y supe que él y sus compañeros lograron la buena dicha de habitar una casa que, yéndose al campo, les dejó libre su dueño. Por un precio inverosímil están esos inteligentes obreros más anchamente alojados que nosotros, los parroquianos de los hoteles de lujo.

En los *restaurants* dicen que es de un quince por ciento la subida, y que este pequeño recargo está destinado á recompensar á los mozos y mozas por su trabajo extraordinario, abrumador. Verdad será lo del aumento del quince, aunque difícil de comprobar, pues nadie va á acordarse de si otros años valía sesenta ó setenta y cinco céntimos una chuleta. En realidad, encuentro justo este recargo, que no es como el de los hoteles, un alza arbitraria, destinada á que algunos afortunados realicen ganancias fabulosas.

Fáciles y baratos son, en cambio, los medios de comunicación, y á la Exposición, como á Roma, se va por todas partes. El que quiere

gastar sin duelo, toma un coche de punto por un franco cincuenta. Es el derroche, porque á precios que oscilan entre quince y veinticinco céntimos se pueden emplear los ómnibus, los tranvías eléctricos, el ferrocarril metropolitano subterráneo (acaba de abrirse al público hará unos días) y los numerosos y encantadores vaporcitos moscas, que surcan el Sena y dejan á los viajeros en la Exposición misma. Ya hay algo en que digo á boca llena que la Exposición no es un fracaso. El incesante movimiento de París está compensado y repartido por mil vías (1).

Para los que viven en barrios cercanos á la Exposición, hay el coche de San Francisco. Ir á pie á la Exposición, desde mi hotel, por ejemplo, no es ninguna hazaña. Aquí no hace calor ahora. Lo hizo, dicen que terrible, allá á mediados de Julio; las gentes se caían, congestionadas, asfixiadas, en las aceras. La tormenta, que encapota el cielo, ha refrescado el aire; la lluvia, no muy insistente, á ráfagas, ha sentado el polvo, y se disfruta hoy de una temperatura deliciosa, primaveral: la que podía soñarse.

A la puerta estamos ya del inmenso recinto, en la plaza de la Concordia, llena de estatuas y de fuentes. Sobre el firmamento gris, decorada con mástiles de flotantes banderolas, flanqueada por dos columnas ornamentales de igual elevación que ella, destácase la original obra de Binet, como avisándonos de que en esta Exposición hemos de encontrar dondequiera y desde el principio el *estilo moderno*. La puerta reune los caracteres del novísimo estilo, próximo ya á invadir y transformar todo el arte. En ninguna parte como en este monumento se revelan las corrientes asiáticas del modernismo. La puerta recuerda á las construcciones peculiares de Siam, la caprichosa arquitectura indochina, y la figura de mujer que la corona, y que representa á la Villa de París, lejos de asemejarse á las parisienses activas y vivarachas, más se parece á una princesa de Bizancio, en hierática actitud, con larga túnica y mitra oriental. Los franceses se burlan de ella, especialmente porque está vestida de invierno en verano.

Lo que recomienda á esta puerta es su anchura, el desahogo con que permite entrar en la Exposición por treinta y dos boquetes á la vez. Alaban los entendidos la manera de sostener la cúpula que ha ideado el arquitecto—sistema no empleado jamás—sustentándola en tres arcos que forman un triángulo equilátero. En el friso un bello relieve muy alabado, una procesión de obreros, conmemora el *Trabajo*, el numen que aquí se invoca, la deidad que preside estas fiestas humanas. Pero la hermosura de la puerta no se ve de día. Hay que admirarla de noche, cuando los enormes cabujones que

(1) Al corregir este libro rectifico el concepto. Las comunicaciones eran fáciles en Agosto, porque relativamente no se encontraba París atestado. En Septiembre acudió más gente, y no se podía vivir, ni tomar coches, ni ómnibus, en especial á la salida de la Exposición.

la tachonan se iluminan interiormente y resplandecen como el manto de una emperatriz bizantina; cuando las dos columnas monumentales que la flanquean se convierten en cetros de amatistas y topacios, y en su cima fulguran los grandes focos eléctricos, dirigiendo movibles rayos á alumbrar la proa del barco de Lutecia, que, con el gallo galo, blasona orgullosamente el frontón. Mágico ingreso, puerta sideral, constelación arrancada á los cielos para representar cómo la labor obscura y constante de la tierra se transforma en claridad refulgente. Crucemos esa puerta cuajada de astros—ahora que está apagada—y entremos por la amplia calle de viejos árboles (ni uno solo se ha arrancado para construir la Exposición), y guarnecida por doble fila de estatuas y grupos de mármol y bronce.

V

GOLPE DE VISTA

A distancia prudente, no acosando al público como se hace en Madrid, se sitúan cerca de las puertas de la Exposición los revendedores de billetes ó *tickets*. Son los *tickets* un papel moneda, que se cotiza en Bolsa con altibajos: el precio oficial es de un franco, pero hay días en que se compran á veinticinco céntimos, y se cree que al final de la Exposición valdrán á cinco. Yo podría prescindir del *ticket* si solicitase el pase de periodista. No lo hago merced á esa pereza española ante el ahorro pequeño, de la cual me reconozco inficionada. Era preciso fotografiarse en casa de Nadar, y supongo que llenar algunas fórmulas en la comisaría. Me quedo de simple mortal, y un viejo de aspecto pobrísimo y limpio, uno de esos mendigos decentes de París, me vende un puñado de *tickets*.